

VIOLENCIA SEXUAL EN LA COMUNIDAD NATIVO-AMERICANA: *LA CASA REDONDA* DE LOUISE ERDRICH

SEXUAL VIOLENCE IN THE NATIVE AMERICAN COMMUNITY:
LOUISE ERDRICH'S *THE ROUND HOUSE*

Celia CORES ANTEPAZO¹
Universidad de Salamanca

Resumen

Partiendo del informe de Amnistía Internacional *Laberinto de Injusticia*, este artículo se centra en las mujeres nativo-americanas como víctimas de un tipo de violencia sexual profundamente arraigada en las secuelas del colonialismo y en las prácticas discriminatorias aún presentes en el sistema legal de los Estados Unidos. A través del análisis de Geraldine Coutts, madre Ojibwe y protagonista de la novela de Louise Erdrich *La Casa Redonda*, el presente artículo explora la impunidad de los violadores derivada de la falta de soberanía y jurisdicción tribales y revela cómo tales agresiones a menudo conducen a la traumática transformación del individuo, la familia y la comunidad indígenas.

Palabras clave: violencia sexual, nativo-americano, justicia tribal, soberanía indígena, mujer.

Abstract

By means of Amnesty International's report *Maze of Injustice*, this essay focuses on Native American women as victims of a kind of sexual violence deeply rooted in the aftermath of colonialism and the discriminatory practices still present in the legal system of the United States of America. Through an analysis of the character of Ojibwe mother Ger-

1. Este artículo ha sido llevado a cabo gracias a la financiación del Ministerio de Universidades para la Formación del Profesorado Universitario (FPU21/01836.)

aldine Coutts in Louise Erdrich's novel *The Round House*, I will explore the impunity of the perpetrators of sexual crimes, which stands as the result of a lack of tribal sovereignty and jurisdiction over cases of assault. I will also explore how such aggression often leads to the traumatic disruption of the indigenous individual, family, and community.

Keywords: sexual violence, Native American, tribal justice, indigenous sovereignty, women.

I. INTRODUCCIÓN

UNA DE CADA tres mujeres nativo-americanas o nativas de Alaska serán víctimas de una violación en algún punto de su vida, de acuerdo con el informe *Laberinto de Injusticia. Falta de Protección de las Mujeres Indígenas Frente a la Violencia Sexual* de Amnistía Internacional (Erdrich, 2013a: 347). Esta cifra podría ser superior, pues las supervivientes apenas recurren a la justicia debido a la inacción e indiferencia a la que asiduamente son sometidas por parte de las fuerzas de seguridad. De este modo, se da lugar a un tipo de impunidad que perpetúa sistemáticamente la violencia contra las mujeres indígenas y que por extensión garantiza la desigualdad racial y de género.

El movimiento *Missing and Murdered Indigenous Women* (Mujeres Indígenas Desaparecidas y Asesinadas, en adelante MMIW) nace de esta epidemia de brutalidad que afecta a los pueblos indígenas a lo largo y ancho de Norteamérica. Entre otras causas, MMIW lucha por acabar con estas atrocidades y aboga por la concienciación en esta materia, que es habitualmente ignorada por los gobiernos de Canadá y Estados Unidos. Las mujeres nativo-americanas, quienes se enfrentan a más del doble de posibilidades de sufrir violencia sexual respecto al resto de la población, se encuentran en el centro de la novela *La Casa Redonda*, escrita por la autora indígena Ojibwe Louis Erdrich. La novela gira en torno a las vidas de Geraldine y Basil Coutts, una pareja que vive en una reserva

Ojibwe ficticia en Dakota del Norte, Estados Unidos, con su hijo preadolescente Joe.

Ambientada en la década de los ochenta, *La Casa Redonda* emplea la brutal violación sufrida por Geraldine a manos de un hombre blanco para retratar las barreras a las que se enfrentan las mujeres indígenas en su vida diaria y, más concretamente, en aquellas ocasiones en las que intentan, sin éxito, defender su existencia y experiencias en nombre de la justicia. La novela ilustra el trauma que sufren las víctimas directas de abuso y sus seres queridos. La agresión sexual de Geraldine quebranta por completo la pacífica vida de la familia Coutts y actúa como una fuerza catalizadora en el proceso traumático de madurez de Joe. Este artículo se centra en el papel que toma el personaje de Geraldine Coutts como la representante de aquellas mujeres nativo-americanas que, debido a la situación de desigualdad en la que se encuentran y las implicaciones misóginas y racistas del derecho tribal y federal, sufren ratios más altas de violencia sexual.

2. LA MADRE EN *LA CASA REDONDA*

La figura materna se sitúa en el centro de todos los eventos que suceden en *La Casa Redonda*. La inquietante ausencia de Geraldine en las primeras páginas presagia que algo no va bien. El primer capítulo comienza con la descripción de Joe de «unos pequeños árboles» que atacan «los cimientos de la casa» (Erdrich, 2013a: 9) de sus padres. La violencia, también enraizada en los cimientos de la ascendencia de los Coutts, pronto penetrará los muros de su hogar y hará trizas su estructura familiar. Como explica Skenandore, «Erdrich establece la centralidad de las mujeres en la novela, presentándolas como seres humanos significativos que mantienen el mundo unido y cuyo bienestar mide la salud del mundo en sí» (2018: 5). Cuando la vida de Geraldine se ve interrumpida por el ataque, lo mismo ocurre con las experiencias

vitales de los miembros de su familia. Una vez que su ausencia se hace evidente, Joe afirma:

Las mujeres no son conscientes del enorme valor que otorgan los hombres a la regularidad de sus hábitos. Metabolizamos sus idas y venidas en nuestros cuerpos y sus ritmos en nuestros huesos. Nuestro pulso acompasa el suyo, y como siempre en las tardes del fin de semana, aguardábamos a que mi madre nos marcara inexorablemente el paso del tiempo hasta la noche (Erdrich, 2013a: 11).

El motivo específico por el cual Geraldine acaba por enfrentarse a su violador, Linden Lark, es su deseo por proteger a Mayla Wolfskin. Como Geraldine, Mayla es madre de una niña recién nacida y miembro tribal Ojibwe. El padre de la pequeña es Curtis Yeltow, un gobernador—ficticio— blanco y conservador de Dakota del Sur que deja embarazada a Mayla mientras esta trabaja como becaria en su oficina y que es conocido en la reserva porque «no respetaba nada ni a nadie» (Erdrich, 2013a: 189). La joven adolescente recibe una cantidad de dinero generosa para mantener el embarazo en secreto. Linden Lark, un hombre también blanco y compañero de Mayla en el capitolio —que además cuenta con un pasado de violencia y racismo— desarrolla una obsesión insana por la chica. El embarazo representa un riesgo para la reputación de Yeltow, pero, especialmente, pone en jaque la propia seguridad de Mayla debido al comportamiento obsesivo y celoso de Lark.

Empleando su poder como especialista del registro tribal, Geraldine ayuda en secreto a Mayla Wolfskin a registrar a su hija como miembro Ojibwe. Geraldine actúa de acuerdo con sus valores como madre, es decir, empatizando y ayudando a otra madre; pero también de acuerdo con sus valores como madre Ojibwe, rol que conlleva la responsabilidad de salvaguardar la subsistencia de su pueblo. Cuando Lark descubre la existencia del bebé, ataca a ambas mujeres durante un episodio de celos y afirma que «Los fuertes han de dominar a los débiles. ¡Y no los débi-

les a los fuertes!» (Erdrich, 2013a: 176). El autor de los hechos imita así el discurso racista que perpetúa la desigualdad entre nativos y blancos. La caracterización de Geraldine como madre Ojibwe y trabajadora del registro tribal denota la importancia del rol de la mujer indígena no solo dentro de la institución familiar, sino también en la comunidad.

2.1. *La madre indígena como símbolo de resistencia*

LA madre en *La Casa Redonda* es «unkillable» (Erdrich, 2012: 368), es decir, incombustible, y actúa como una cuidadora esencial de la familia, la comunidad, y el entorno que la rodea. Wong explica que «la madre no es una mera progenitora biológica, sino que personifica todas las relaciones (entre lo masculino y lo femenino, lo humano y lo animal, lo individual y lo tribal)» (1991: 177). Erdrich reflexiona acerca de la importancia del papel materno en las comunidades indígenas. La esencialidad de las madres en la tradición y el sistema moral Ojibwes se ejemplifica a través de la historia de la Vieja Mujer Búfalo que Mooshum (en Anishinaabe *abuelo*) le cuenta a Joe.

Akiikwe, una madre con el poder de ver en sueños dónde encontrar comida, es acusada por su comunidad de ser poseída por el *wiindigoo*, un espíritu antropófago, tras no ser capaz de alimentar a su familia durante el invierno. A su hijo, Nanapush, se le asigna la tarea del asesinato de Akiikwe, aunque se niega a llevarlo a cabo, pues «era una buena madre y había enseñado a sus hijos a sobrevivir» (Erdrich, 2013a: 197). Finalmente, tras sumergir a la mujer en un lago en el tercer intento por acabar con su vida, Akiikwe le sugiere a Nanapush que busque un búfalo (2013a: 199). Cuando Nanapush encuentra al animal, se alimenta de su carne y se esconde entre sus costillas para protegerse del frío. Mientras duerme, Nanapush termina por convertirse en búfalo. La Vieja Mujer Búfalo «adoptó a Nanapush y le enseñó todo lo que sabía» (2013a: 203), instruyéndole así en la construcción de la Casa Redonda –el lugar donde Geraldine será

atacada— con el fin de que el pueblo nativo cuente con un espacio donde practicar su religión libremente en tiempos de persecución a manos de las autoridades blancas. De este modo, «los nexos que Erdrich dibuja entre Geraldine Coutts y la Mujer Búfalo demuestran simultáneamente que la resistencia Nativa a la mortal lógica de la dominación colonial continúa hasta el presente, prometiendo preservar, fortalecer y extender la soberanía cultural de las naciones tribales» (Carden, 2018: 96). El Hombre Blanco pervierte así lo sagrado del templo a la vez que corrompe el cuerpo de las mujeres indígenas y, por extensión, desestabiliza el orden de su comunidad.

A través de los paralelismos establecidos entre las historias de la Mujer Búfalo y Geraldine, la autora pone en evidencia que en las comunidades nativas la continuación de la cultura depende enormemente de la madre. Martínez-Falquina defiende que

la reivindicación de una identidad femenina Nativa está muy relacionada con la cuestión de la maternidad: para estas mujeres, ser madre equivale a ser líder, ya que implica una responsabilidad en cuanto al futuro, un medio para asegurar la supervivencia, lo personal se vuelve así político (2020: 229).

Las mujeres, especialmente las madres, juegan un papel crucial en la novela no solo como vehículos de moralidad, sino también como el vivo ejemplo de que siglos de colonialismo han desdibujado por completo su relevancia dentro de la comunidad global, lo que a su vez las ha llevado a convertirse en vulnerables blancos de violencia.

3. SOBERANÍA Y JURISDICCIÓN TRIBALES

EL presunto abuso infantil y la violenta muerte de Mayla Wolfskin, junto con el ataque a Geraldine Coutts, representan claros ejemplos de

las injusticias del sistema legal estadounidense, ya que ambos casos, no procesados, encarnan el resultado de un sistema fallido que desestima de manera perpetua los crímenes sufridos por los pueblos indígenas y, especialmente, los que sufren las mujeres nativo-americanas. Tras ser brutalmente atacada, Geraldine cae en un profundo estado depresivo que le impide compartir su testimonio con la policía. Será su familia la que recomponga las piezas del crimen para así encontrar a su violador. En este proceso, Erdrich presta atención a las complejidades de la ley en las reservas nativo-americanas.

Los primeros colonos blancos en Norteamérica observaban las tribus nativas como «entidades políticas legítimas que podían negociar con los poderes coloniales europeos a través de tratados» (Dimitrova-Grajzl, 2014: 132). Estos primeros documentos garantizaban soberanía a los pueblos indígenas y les permitían ejercer su propia jurisdicción. No obstante, el *Indian Removal Act* de 1830 y el consecuente *Trail of Tears* forzaron la relocalización de numerosas tribus al oeste del río Mississippi, creando así el sistema de reservas que permanece activo hoy en día. El poder y control ejercido por los colonos europeos llevó a la pérdida de relevancia de los tratados. En *La Casa Redonda*, Mooshum, nacido en las últimas décadas del siglo XIX, murmura mientras duerme: «Ah, esos primeros años de la reserva, ¡cuando nos arrinconaron! Reducidos a tal solo unos pocos kilómetros cuadrados. Nos moríamos de hambre mientras las vacas de los colonos engordaban con los prados cercados de nuestras antiguas tierras de caza [...]. Fueron años malos» (Erdrich, 2013a: 201). El estatus legal de las tribus cambió rápidamente de soberano a ampliamente dependiente del gobierno federal.

Joe menciona a su vez numerosas leyes que despojaron a los nativo-americanos de sus derechos como pueblos soberanos, tales como el *Major Crimes Act of 1885* o la Ley Pública 280 de 1953, que permitió a ciertos estados obtener jurisdicción sobre tierras indígenas y «[prohibió] a los nativo-americanos procesar a blancos en tierra India» (Matchie, 2015: 356). Joe afirma que «si hubiese una sola ley que debiera derogarse

o enmendarse para los indios hasta el día de hoy, esa sería la Ley Pública 280» (2013a: 156). Erdrich critica esta «inoperante soberanía» (2013a: 156) a través de la figura del marido de Geraldine y padre de Joe, Bazil, un juez tribal indefenso ante la injusticia que ataca su propio hogar. Además, la historia se narra desde el punto de vista de su hijo, quien, a pesar de ser un preadolescente desconocedor de la ley en el momento del crimen, comparte su testimonio ya entrado en la edad adulta y convertido, asimismo, en juez:

Necesitaba saber que a quienquiera que hubiera atacado a mi madre se le encontraría, castigaría y mataría. Mi padre lo vio. Me clavó los dedos en los hombros. Lo encontraremos, dije rápidamente. Me sentía asustado al verbalizarlo, aturdido.

Sí.

Apartó las manos. Sí, repitió. Dio un golpecito en el reloj y se mordió el labio. Ahora, a ver si llega la policía. Tienen que tomarle declaración. Ya deberían de estar aquí.

Dimos media vuelta para volver a la habitación. ¿Qué policía?, pregunté.

Exacto, respondió (2013a: 21).

A medida que Joe comprende el mundo adulto que le rodea, se enfurece por lo que le ha sucedido a su madre. Sus palabras son las de un joven individuo ansioso por «justicia y no venganza» (Erdrich, 2013a: 284). En contraposición, la actitud de Bazil se aproxima más a la desesperanza. Su experiencia como juez tribal le lleva a conocer las altas probabilidades de que un caso como el de su esposa no llegue a juicio:

El problema con la mayoría de los casos de violación donde intervenían personas indias era que, incluso si alguno conseguía llegar a juicio, el fiscal federal a menudo lo desestimaba por un motivo u otro. Normalmente por una avalancha de casos más importantes. Mi padre quería asegurarse de que eso no sucedería (2013a: 52).

Tharp señala que «*La Casa Redonda* da testimonio de la pérdida de jurisdicción tribal, que ha afectado directamente a la habilidad de proteger a las mujeres nativas de violencia sexual y doméstica» (2013a: 26). Hasta este punto de la novela, se desconoce la localización del crimen (21), así como la identidad y etnia del criminal (37). En esta línea, Amnistía Internacional EE. UU. indica que

tres son los factores principales que determinan cuál es la autoridad jurisdiccional competente: que la víctima sea miembro o no de una tribu indígena reconocida por el gobierno federal, que el acusado sea miembro o no de una tribu indígena reconocida por el gobierno federal y que el presunto delito haya tenido lugar o no en tierras tribales (2007: 26).

La ley es, por lo tanto, intrínsecamente discriminatoria. Debido a todo esto, Bazil, como juez, todavía ignora si serán las fuerzas del orden tribales o federales las que se encarguen del proceso judicial en el todavía lejano caso de que la terrible violación llegue a juicio.

3.1. *La impunidad de los crímenes sexuales en la reserva*

ARRAIGADA en el colonialismo, la ley en los Estados Unidos ha convertido a las mujeres racializadas en seres «inherentemente impuros y disponibles para ser tomados» (Martínez-Falquina, 2020: 119), perpetuando así una crisis de violencia sexual especialmente palpable en las fronteras de las reservas indígenas. Geraldine es violada por un hombre blanco en la Casa Redonda, donde «se juntan tres clases de tierras [...]. En fideicomiso, estatal y de pleno dominio» (Erdrich, 2013a: 175). La investigación se ve obstaculizada desde su inicio. La autora no solo arroja luz sobre el problema existente entre jurisdicción federal y tribal, sino que también destaca los impedimentos causados por la etnia del criminal en la resolución de crímenes cometidos contra mujeres indígenas.

Cuando por fin es capaz de compartir su testimonio, Geraldine recuerda las palabras de Lark: «No me cogerán, dijo. Me he empollado las leyes [...]. Sé tanto de leyes como un juez. ¿Conoces a algún juez? No tengo miedo» (Erdrich, 2013a: 176). La ley tribal

dificulta proteger a la población nativa de delitos contra ellos cometidos por personas no indígenas, pero las complicaciones que surgen de la combinación entre sexismo y racismo hacen que sea incluso menos probable que se juzguen los crímenes contra las mujeres nativas (Tharp, 2014: 26).

La falta de soberanía y jurisdicción tribal dan lugar a un ciclo vicioso de violencia contra las mujeres indígenas. La propia Erdrich explica en su artículo para el *New York Times*: «una de cada tres mujeres indígenas sufre una violación a lo largo de su vida [...]. Quizás esto se deba a que los fiscales federales rechazan procesar el 67% de casos de abuso sexual [...]. Esta brecha ha atraído a depredadores sexuales habituales no indígenas a las áreas tribales» (2013b). Debido a la impunidad, estos crímenes se siguen cometiendo. Linden Lark se siente con derecho a las violaciones de Mayla Wolfskin y Geraldine por tres razones. En primer lugar, debido a su condición como mujeres nativo-americanas. Geraldine admite haberle oído decir:

Oh, soy realmente un puto pervertido, supongo que soy uno de esos tíos que odian a los indios en general y en particular, porque se enemistaron con los míos en el pasado, pero sobre todo creo que las mujeres indias son todas... No quiero repetir lo que nos llamó (Erdrich, 2013a: 176)

En segundo lugar, debido a su condición de hombre blanco: su posición en la pirámide social se encuentra por encima de la de las mujeres nativas; y, en tercer lugar, porque esta miscelánea de racismo y machismo le permite aprovechar los vacíos legales que benefician a los de su condición.

Las acciones individuales de Linden Lark imitan el patrón de la colonización. El hombre se apodera de los cuerpos de Mayla y Geraldine de la misma manera en la que los colonos se apoderaron de las tierras indígenas. Como explica Skenandore:

Linden no se avergüenza de admitir que odia al pueblo y a las mujeres indígenas hasta el punto de que estudia la ley para así poder violar, colonizar y destruir con impunidad tanto el cuerpo [de Geraldine] como el de su tribu y la humanidad de ambos (2018: 6).

Erdrich presta atención a la realidad de la violencia sexual impune llevada a cabo por hombres blancos en las reservas construyendo un escenario legal que se ve directamente afectado por el caso de 1978 *Oliphant v. Squamish Indian Tribe*. En esta batalla legal se estableció que los tribunales tribales no poseen jurisdicción sobre no-nativos salvo previa autorización del Congreso (Mace, 2013: 163). No obstante, como indica Amnistía Internacional, «el gobierno federal de Estados Unidos tiene la responsabilidad legal (denominada responsabilidad federal fiduciaria) de garantizar la protección de los derechos y del bienestar de los pueblos indígenas de Alaska y del resto del país». Esta responsabilidad fiduciaria se encuentra «recogida en tratados firmados entre las naciones tribales y el gobierno federal, y se halla plasmada además en la legislación federal, en la política y en las decisiones judiciales federales» e incluye «la protección de la soberanía de cada gobierno tribal» (Amnistía Internacional EE. UU., 2007: 5). Estos tratados son incumplidos con frecuencia. Las confusiones en la ley, así como el tiempo necesario para decidir quién carga con la jurisdicción de cada caso, son algunas de las razones por las cuales las autoridades no responden. En la novela, este fenómeno se ilustra a través del caso de Geraldine, ya que no es procesado y, por lo tanto, no es resuelto. Este hecho llevará eventualmente a Joe a matar a Linden Lark con sus propios medios para conseguir un ápice de justicia.

4. LAS SECUELAS TRAUMÁTICAS: JOE COUTTS

ERDRICH sitúa el punto de vista narrativo en el hijo de Geraldine, ya adulto, para retratar así los efectos persistentes del trauma. El proceso de madurez de Joe se desarrolla gradualmente a lo largo de la novela. Ibarrola-Armendariz señala que *La Casa Redonda* se centra

en las secuelas que propicia un crimen sexual en la tierna psique de un niño de trece años y en las respuestas que él mismo busca frenéticamente para así poner fin al calvario de su madre y a su propio sufrimiento (2017: 262).

Joe, incapaz de ser convencido por la Ley del Hombre Blanco o incluso por el código moral católico, decide eliminar al *wiindigoo* él mismo. Cuando finalmente mata al violador de su madre, pierde la escasa inocencia con la que aún contaba y afirma que hizo «lo que tenía que hacer. No hay vuelta atrás. Y pase lo que pase, pued[e] asumirlo» (Erdrich, 2013a: 319). Su entrada en la edad adulta está impulsada por la furia que causan las perturbadoras experiencias vividas por su madre. «La rabia que Joe desarrolla hacia Lark amenaza con convertirlo en el mismo tipo de agresor que detesta, e ilustra las diversas devastaciones que un trauma como la violación puede provocar en las víctimas y en sus seres queridos» (Szeghi, 2018: 418). Como víctima no solo del trauma, sino también de la pérdida de jurisdicción previamente descrita, Joe sigue un patrón bastante común. Pasa de víctima a victimario en un intento de luchar contra la rabia que siente hacia Linden Lark para así vengar el nombre de su madre. Bloom señala que «una víctima se encuentra a la vez indefensa e impotente, y [...] la indefensión es una experiencia humana muy nociva. Los seres humanos harán cualquier cosa con tal de evitar sentirse indefensos» (1999: 14). Joe recupera su poder de la misma manera en la que lo había perdido: a través de la violencia. No obstante, tras tal incidente, el chico decide no caer en la espiral de brutalidad y continúa su vida de manera

normal hasta convertirse en un juez tribal, como su padre. Parece, hasta cierto punto, existir cierta reparación en el *statu quo*.

A pesar de arrastrar consigo una sentencia «que perduraría en [su] corta vida para siempre» (Erdrich, 2013a: 346) ni Joe ni Geraldine parecen participar en ciclos permanentes que típicamente afectan a las víctimas del trauma: con el tiempo, Joe parece encontrar estabilidad y no insta más a la violencia, y Geraldine no recurre a las actitudes suicidas (Bryant-Davis *et al.*, 2009: 345) ni a la dependencia química. Esto, señala Tharp, «es un reflejo de su estado profesional, su núcleo familiar intacto y el extenso apoyo de este, y su resiliencia interior» (2014: 30). El sentimiento de unidad que rodea a los Coutts contribuye al proceso de sanación: Cappy, el mejor amigo de Joe, le ayuda a disparar (Erdrich, 2013a: 310); Linda, la hermana de Linden, es consciente de que Joe ha asesinado al violador y elige ignorarlo (2013a: 325). Ambos personajes actúan en base a su propia definición de justicia y a los valores Ojibwe. La vida de los Coutts cambia para siempre. Sin embargo, Martínez-Falquina señala:

[El texto describe] la experiencia traumática de los personajes masculinos como una desconexión abrumadora que enciende la búsqueda de reconexión con uno mismo, la comunidad y el lugar para sanar, y en ambos casos, la sanación del yo masculino estará determinada por la curación de la mujer violada (2005: 123).

La violación sufrida por Geraldine catapulta a Joe de manera traumática hacia la edad adulta. El chico desea el regreso de su «madre de antes» mientras gana conciencia respecto al hecho de que «esto tal vez nunca [sucedería] [...]». Una parte cálida de ella había desaparecido para tal vez no regresar jamás» (Erdrich, 2013a: 211). Su «madre de antes» ha desaparecido, y con ella, su yo infantil: «Y tuvo lugar ese momento, cuando mi madre y mi padre entraron por la puerta disfrazados de ancianos [...]. Al mismo tiempo, descubrí mientras me levantaba de la silla, que yo había envejecido junto a ellos. Estaba destrozado y débil» (2013a: 345). El

proceso de maduración de Joe estará caracterizado por la herida abierta que ha dejado la agresión a su madre y que solo sanará, a su vez, cuando ella se recupere.

No obstante, Joe es incapaz de superar el duelo por su *madre de antes* y se toma la justicia por su propia mano, recurriendo a la moral Ojibwe y asesinando a Linden Lark. Como argumenta Butler, «cuando el duelo es algo a temer, nuestros miedos pueden generar el impulso de resolverlo rápidamente, desterrarlo en nombre de una acción impregnada con el poder de restaurar la pérdida o de devolver al mundo a su previo orden» (2004: 30). De este modo, al final de la novela, el lector se queda con la duda respecto a si la sanación plena de Geraldine y Joe es plausible, considerando las secuelas traumáticas no solo de la agresión, sino también de la consecuente matanza del agresor.

5. CONCLUSIÓN

GRACIAS a la posición central que toma la agresión sexual a una madre nativo-americana de mediana edad en *La Casa Redonda*, Louise Erdrich muestra la regularidad con la que estas experiencias tienen lugar en las vidas de los miembros de las comunidades indígenas norteamericanas. Como se ha explicado previamente, la madre posee un papel crítico en la novela de acuerdo con el que juega en las comunidades norteamericanas aborígenes más allá de la ficción. Geraldine representa a la cuidadora, la sustentadora de su familia, la transmisora de los valores Ojibwe y la garante de continuidad y futuro indígenas. Cuando su personaje se ve alterado por la brutalidad del ataque sexual, deja huérfanos a su familia y a su comunidad.

A lo largo de la novela, se percibe cierta sensación de desesperanza que termina convirtiéndose en impotencia una vez que se descubre que el caso no será siquiera juzgado. Los personajes de la novela, como muchas familias nativas no ficticias afectadas por la histórica y presente

discriminación dentro y fuera de la ley, no logran hacer justicia. Los seres queridos de Geraldine se ven profundamente afectados por la experiencia traumática de no tener un culpable oficial y Joe, a medida que entra en la madurez, trata de tomar el control sobre la situación. Basándose en la moralidad de su tribu, dispara cautelosamente al violador, condenando así a sus seres queridos a cargar con una sentencia de por vida, pero también recuperando el poder que previamente habían perdido. *La Casa Redonda* es una historia de sufrimiento, pero también de sanación, que sirve como un ejemplo ficcional de la injusticia sistémica y del trauma por el que pasan la mayoría de las mujeres nativo-americanas y sus familias en la vida real.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amnistía Internacional EE.UU. (2007). *Laberinto de Injusticia. Falta de protección de las mujeres indígenas frente a la violencia sexual*. Recuperado de <https://www.amnesty.org/es/documents/amr51/057/2007/es> [Fecha de consulta: 27/02/2023].
- BLOOM, Sandra L. (1999). *Final action plan: a coordinated community response to family violence*. Recuperado de <https://lc.cx/S5TsvT> [Fecha de consulta: 06/03/2023].
- BRYANT-DAVIS, Thema *et al.* (2009). «From the margins to the center: ethnic minority women and the mental health effects of sexual assault». *Trauma, violence & abuse*, 10(4), pp. 330-357.
- BUTLER, Judith (2004). *Precarious life: the powers of mourning and violence*. Londres: Verso.
- CARDEN, Mary Paniccia (2018). «“The unkillable mother”: sovereignty and survivance in Louise Erdrich’s *The Round House*». *Studies in American Indian literatures*, 30(1), pp. 94-116.

- DIMITROVA-GRAJZL, Valentina (2014). «Jurisdiction, crime, and development: the impact of Public Law 280 in Indian Country». *Law & Society Review*, 48(1), pp. 127-160.
- ERDRICH, Louise (2012). *The Round House*. Londres: Corsair.
- (2013a). *La Casa Redonda*. Madrid: Siruela.
- (2013b). «Rape on the reservation». *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2013/02/27/opinion/native-americans-and-the-violence-against-women-act.html> [Fecha de consulta: 27/02/2023].
- IBARROLA-ARMENDARIZ, Aitor (2017). «Negotiating traumatic memories in Louise Erdrich's *The Round House*: white man's law vs. native justice and tradition». En M. J. Martínez-Alfaro y S. Pellicer-Ortín (eds.), *Memory frictions in contemporary literature* (pp. 255-276). Londres: Palgrave Macmillan.
- MACE, Richard (2013). «Review of *The Round House*, by Louise Erdrich». *Rocky Mountain Review of Language and Literature*, 67(2), pp. 160-163.
- MARTÍNEZ-FALQUINA, Silvia (2005). «Native American mothers: a re/vision of ethnic and gender identity». En L. Touaf y S. Boutkjl (eds.), *Minority matters: society, theory, literature* (pp. 225-237). Oujda: Publications de la Faculté des Letters et Sciences Humaines.
- (2020). «My body not my own: an intersectional view on relationality in fiction by Toni Morrison and Louise Erdrich». *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, 26, pp. 117-132.
- MATCHIE, Thomas (2015). «Law versus love in *The Round House*». *The Midwest Quarterly*, 56(4), pp. 353-364.
- SKENANDORE, Liandra (2018). «Stories of pain, stories of healing: confronting the violences against women in Louise Erdrich's *The Round House*». *The McNair Scholars Journal*.
- SZEGHI, Tereza M. (2018). «Literary didacticism and collective human rights in us borderlands: Ana Castillos's *The Guardians* and Louise Erdrich's *The Round House*». *Western American Literature*, 52(4), pp. 403-433.
- THARP, Julie (2014). «Erdrich's crusade: sexual violence in *The Round House*». *Studies in American Indian Literatures*, 26(3), pp. 25-40.

WONG, Hertha D. (1991). «Adoptive mothers and thrown-away children in the novels of Louise Erdrich». En B. O. Daly y M. T. Reddy (eds.), *Narrating mothers: theorizing maternal subjectivities* (pp. 174-192). Knoxville: University of Tennessee Press.